

BAJO LOS ESCOMBROS

Pseudónimo: Pilgrimanto

Otoño, desde un lugar secreto.

Hola, Carlos:

Te escribo por lo que un día fuimos, por puro desahogo, por la rabia de no haberlo hecho antes, por los escombros... No nos dimos cuenta a tiempo, no vimos lo obvio: Una vivienda con las paredes desnudas no resulta acogedora, pero las roturas... Tanta grieta invasora ya advertía, con gritos silenciosos, que era necesario repararla o huir. Ignoramos ambas opciones y asumimos el riesgo.

Claro, tampoco pensamos en nuestros hijos. ¿Cómo imaginar que el techo se desplomaría sobre ellos? Pero sucedió. El daño está hecho. ¿Y ahora qué?

Nos escudamos en que la nuestra no era una casa vieja, nos confiamos demasiado. No previmos la destrucción, el estruendo, los pequeños sepultados por el peso de nuestros gritos... ¿Mereció la pena semejante precio para que tú y yo escapáramos?

Nos faltó valentía para admitir que todo apuntaba a un trágico final. «Las desgracias son para los demás, no para nosotros», dijimos. ¡Qué tremendo engaño! ¿Insensatez, inconsciencia? No sé cómo llamarlo, pero solo quedan ruinas de aquel edificio que fue la envidia de nuestros amigos.

Esta vivienda la edificamos con nuestras propias manos, pero no supimos conservar la frágil estructura. Ahora que lo pienso, empezamos mal; pusimos nombre a la casa, «Convivencia», por temor a llamarla «Compromiso»; temimos que ese nombre invocara a la ruina, pero la ruina éramos nosotros mismos, nuestras dudas, nuestra falta de fe, nuestro pesimismo ante el futuro.

Faltó una mano de pintura color ilusión, reparar las rajaduras con cemento de empatía, barnizar las puertas con satinada confianza y abrillantar el suelo con romanticismo. Apuntalamos los errores con carcoma de celos, alzamos tabiques de indiferencia y dejamos que los ventanales se ensuciaran de egoísmo. Luego llegaron los niños y vestimos sus cuartos con vetustos papeles de soledad. Con nuestra cicatería los dejamos a la deriva, en manos de una asalariada que (ahora lo sé) solo veía billetes en sus caras inocentes. Cuando los quisimos rescatar nos los encontramos aplastados por nuestra ruptura. Daños colaterales, un plan de visitas concertadas, regalos para ganar afectos... Y sabes cuánto temen la llegada de los usurpadores, de un papá o una mamá postizos.

¿Crecerán pensando que todas las casas se desploman?

Sin duda, deberíamos haber planificado una demolición controlada. Tuvimos tiempo de sobra para desmontar los errores de forma segura, antes de que nos cayera la vida encima. Aprendamos.

Clara, la que hace tiempo no sabía vivir sin ti.